

Iverna Codina

El puesto de los perros negros

Adaptado por:

Ernesto Arroyabe

Gabriela Blas

Cecilia Cortese

Cecilia Horta

María Eugenia Sicilia

Ilustraciones

Ozono

2020



—¡Negro, Negro! —La Olinda gritó a su perro acercando las manos a la boca para que su voz sonara más fuerte.

El perro bajó del cerro de la Cordillera apareciendo entre rocas y arbustos pinchudos. Un grupo de cabras venía detrás mientras se escuchaban los ladridos de varios perros.

El Negro llegó y se echó a los pies de la muchacha, miró una lagartija verde que cruzó como un chispazo y se escondió entre los arbustos.

—Vamos, ya va a llegar el viejo y no he prendido el fuego —dijo la muchacha. El perro siguió a la Olinda, movía la cola, le hacía fiestas y trotaba de un lado a otro.

Llegaron arriba del cerro blanco. Abajo se veía el rancho escondido entre los cerros. El lugar se llamaba “El puesto de los perros negros” porque allí siempre se criaban perros de ese color. Ahora había cinco.

Llegaron al rancho y el viejo Leoncio no estaba. La Olinda pensó que eso era algo malo. De tanto en tanto su padre bajaba a la villa con un chivito a visitar a su compadre Santos.

Esas veces, el viejo regresaba al puesto de noche, borracho, diciendo insultos, y repitiendo el nombre de la Rosa que era su mujer y madre de la Olinda.



Cuando la Olinda tenía valor
y se animaba a preguntar por su madre,
el viejo respondía siempre de la misma manera:
—se murió y no me la recordés más.

La Olinda comenzó las tareas del rancho:
prendió el fuego, buscó el agua, barrió y puso la olla.
Luego se lavó la cara, se peinó y se cambió la pollera sucia
por otra desteñida y vieja pero limpia.

Era domingo, pero en los cerros
todos los días eran iguales y tranquilos.

Las cabras llegaron al puesto,
y la Olinda cerró la puerta cuando la última entró al corral.
Los perros bebieron con fuertes lengüetazos.
Después se echaron cansados
hasta calmar la respiración.

La noche comenzó en los montes,
y el silencio solo era interrumpido
por el “bee” de algún cabrito.

El Negro levantó las orejas con un gruñido.
Luego, los otros cuatro perros ladraron también.
La Olinda se asomó asustada
porque esa manera de ladrar era para gente desconocida.

Un hombre bajaba del caballo
dando patadas y golpes para alejar a los perros.
Algo asustó al Negro porque con un aullido
se refugió a los pies de la muchacha.

El hombre saludó a la Olinda
y le preguntó si estaba el viejo Leoncio.
La Olinda sintió mucho temor y no pudo responder
porque del susto la voz no le salió de la garganta.



—¿No sos vos la Olinda? —preguntó el hombre.

—Sí, soy yo. Pero el papá no está —contestó la muchacha con voz muy baja.

—Lo voy a esperar y me convidás unos mates —le dijo el hombre y entró al rancho sin pedir permiso.

Los perros ladraban sin parar.

—Los mato si no se callan— amenazó el hombre.

—¡Carozo!, ¡Pinta!, ¡Tigre!

¡Fuera! ¡Fuera! —les gritó la Olinda.

Entraron al rancho.

Cerca del fogón colgaba un farol que daba muy poca luz.

Había una mesa de madera y cuatro sillas de patas torcidas con asientos de cuero de vaca.

Detrás de la mesa se veían dos catres

y ropas que colgaban de las paredes de barro.

Mientras la Olinda preparaba el mate,

el hombre dejó sobre la mesa, el arma, la gorra y el cinturón.

La joven lo vio y se asustó.

—Vengo como amigo, a hablar con el viejo por unos chivatos —dijo el hombre.

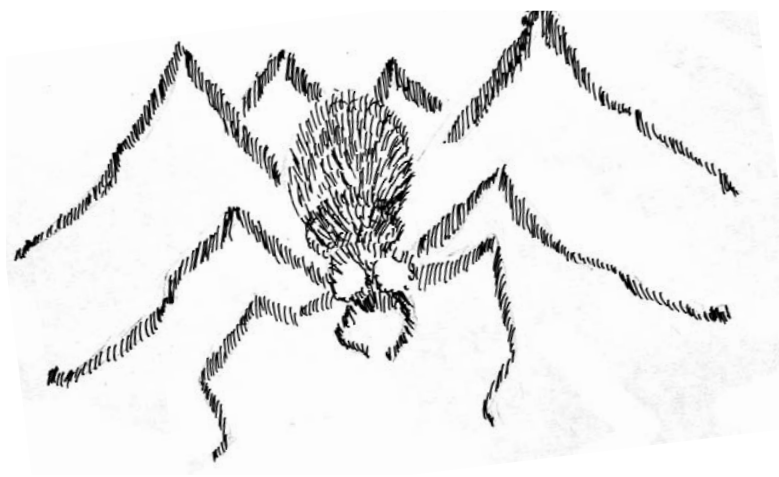
Luego se sentó con las piernas abiertas

y sonrió con placer cuando comenzó a mirar cada parte del cuerpo de la joven.

El hombre miró primero la boca,

luego recorrió su cuerpo delgado,

finalmente se detuvo en sus pechos jóvenes, y deseó tenerlos para él.



Cuando la Olinda se acercó a darle el primer mate,
su cuerpo tembló y sintió que algo malo le iba a pasar.
—Tu padre llegará pronto —le dijo el hombre,
aunque sabía que no era cierto
y que tenía tiempo para hacer lo que deseaba.

—¿Bajás seguido a la villa?

¿No te aburrís aquí solita?

—le preguntó el hombre para distraerla.

La Olinda contestó que no a las dos preguntas
y sintió que la palabra no se le atascaba en la garganta.

Tuvo miedo.

Sintió como si una araña enorme y peluda
entrara al rancho y se pegara al techo.

Creía que la araña estiraría sus patas sucias
y la atraparía hasta hacerla gritar.

—Te parecés a tu mamá, la Rosa —dijo el hombre—.

¿Vos tomás mate?

—No —dijo la Olinda.

—Decíme ¿Para qué tienen tantos perros negros?

—continuó con sus preguntas el hombre.

—Porque traen... traen suerte —contestó la joven.

—Eso dicen. ¿Vos creés que traen suerte? —insistió el hombre.

—Sí —volvió a contestar la Olinda.

—Andá a dormir que yo espero un rato más a tu papá

—dijo el hombre y salió a ver al caballo.

La Olinda corrió a esconderse en el catre
y se tapó con las mantas viejas,
como si las mantas la pudieran proteger.
El Negro se metió apurado bajo el catre.



Los perros ladraron afuera.
Uno se quejó dolorido por una patada.
Luego hubo un silencio largo, negro.
Algo iba a pasar.

La Olinda esperaba acostada, vestida,
tapada hasta la cabeza, encogida,
temblando de miedo.

¿Qué esperaba la Olinda? A la araña.
A la enorme araña peluda que se iba a caer del techo
para hacerle lo que ella temía.

Fue todo casi al mismo tiempo.
El Negro ladró y el hombre lo golpeó.
Los manotazos del hombre arrancaron las mantas
y rompieron la ropa de la Olinda.
El cuerpo del hombre, pesado, peludo y caliente
cubrió a la Olinda que gritó de dolor
por su carne desgarrada.

—¡Claro que traen suerte los perros negros, jajaja!
¡Para el viejo borracho que está calentito
durmiendo en la cama de la policía, jajaja!
Reía el hombre mientras se alejaba galopando en su caballo.

Los perros le contestaron con aullidos y ladridos.
La luna llena miraba desde lo alto de los cerros.



La autora

La escritora Iverna Codina nació en Chile en 1972.
Su mamá era española y su papá chileno.

Luego, vivió con su familia en Mendoza,
en la ciudad de San Rafael.

Durante la secundaria
tuvo de profesor al escritor Alfredo Bufano
que la animó a escribir poesía.

Cuando se recibió de maestra,
trabajó en las escuelas de la cordillera de Malargüe.

En ese tiempo, el gobierno de Mendoza
la invitó a participar en un grupo de estudio
sobre los mineros y sus formas de vida en la cordillera.
Fue la única mujer en ese grupo.

Cuando recorrió los puestos y campamentos mineros,
recordó las historias que su padre le contaba de niña
sobre la vida de los **arrieros** en la montaña.
Entonces decidió escribir novelas y cuentos
para mostrar estas historias llenas de injusticia.

Arriero: persona que se ocupa de trasladar ganado, como vacas, mulas, cabras.

El cuento "El puesto de los perros negros"
está en el libro llamado "La enlutada".
Este cuento muestra en forma muy dura
la vida de las mujeres en la cordillera.

Iverna Codina en el año 1976 durante la **dictadura** militar en Argentina, tuvo que irse del país porque su vida corría peligro. Regresó a la Argentina luego de 10 años y vivió en Buenos Aires, rodeada de amigos y de su hijo.

Dictadura: gobierno que toma el poder por la fuerza y no respeta los derechos humanos.

Iverna Codina murió en el año 2010 pero sigue viva a través de su obra.



Adaptado en diciembre 2020
tayesnen.org

[Los contenidos de esta obra son ofrecidos bajo licencia CC-BY-NC](#)



Usted puede:

- copiar y distribuir este cuento adaptado
- crear algo nuevo usando partes del cuento

Pero usted debe:

- decir quiénes son los autores
- avisar si utilizó partes para hacer algo nuevo
- permitir a otros hacer lo mismo

Y no debe:

- intentar ganar dinero con este cuento o sus partes



Este logo identifica los materiales que siguen las directrices internacionales de la IFLA (International Federation of Library Associations and Institutions) e Inclusion Europe para personas con dificultades lectoras. Este documento ha sido revisado y avalado por Lectura Fácil Euskadi – Irakurketa Erraza.